

La lógica del compromiso

Adam Michnik

LAS ACCIONES Y ACTIVIDADES DE LOS MIEMBROS DE LA OPOSICIÓN DEMOCRÁTICA siguen la lógica del heroísmo. Esas personas han de mostrarse indomables frente a la represión y la propaganda oficial. Sin embargo, la lógica del orden democrático es la del compromiso, y una perspectiva como la del heroísmo, tan increíblemente importante durante una dictadura, puede convertirse en un problema en un período democrático. Cuando observo a diversos disidentes de tantos y tantos países del mundo, tengo que pensar en cómo su heroísmo de entonces se ha transformado en intolerancia hacia los mecanismos democráticos. Mencionaré, por citar sólo un ejemplo, el caso de Alexander Soljenitsin.

Todo movimiento democrático de oposición está plagado de tensiones y contradicciones. Por una parte, se da la rebelión contra unas condiciones que se reconocen y perciben como humillantes y de explotación. La gente se lanza a la calle para protestar, diciendo que no puede haber pan sin libertad. Esto significa que quieren pan, que exigen aumentos salariales y más seguridad social. Que piden más prestaciones familiares y un adelanto de la edad de jubilación. Y esta rebelión quiebra el sistema, lo derriba. Al mismo tiempo, la reforma económica, para no arruinar sus propias perspectivas, exige el bloqueo de todas esas peticiones. Polonia es un buen ejemplo de ello. Las libertades públicas se conquistaron mediante huelgas de protesta dirigidas por los trabajadores de las enormes empresas estatales. Pero esas empresas eran anacrónicas. De manera que, para curar la economía, para sanearla, esas empresas tenían que ir a la quiebra. Voy a contarles un chiste. Había una fábrica en Rusia que producía figuritas de Lenin. Esas pequeñas esculturas eran muy necesarias y el director de la empresa estatal tenía que poner una en su propio despacho. Los empleados de la fábrica trabajaban de noche y con mucha eficiencia. Maximizaban la producción y modernizaron la tecnología, pero, en un determinado momento, resultó que ya nadie necesitaba ese producto. De manera que tenían la sensación de haber hecho algo mal. Para ellos, la situación sólo podía compararse a la de los soviólogos estadounidenses que, con la caída de la Unión Soviética, se quedaron sin trabajo, fuera de la circulación. Ahora asesoran al presidente Bush, con efectos evidentes.

En consecuencia, tras la derrota de la dictadura, las masas necesitan pan y las élites y la clase política quieren reformas. Se trata de una contradicción muy difícil de superar y para la que hay que estar preparado, porque

cualquier gobierno posdictatorial tendrá que enfrentarse a ella. La especificidad de la transformación polaca era que su fuerza rectora fue Solidaridad: un enorme movimiento de liberación con sus propias características institucionales y el lenguaje y la retórica de los sindicatos. Así pues, en Polonia, desde el principio, esa contradicción fue inherente al carácter de la oposición democrática y de la propia democracia. En ese momento, el papel de los polacos exiliados o emigrados fue de gran importancia para la situación política del país. Gracias a *Radio Free Europe* y también a textos y publicaciones aparecidos en polaco fuera del país, la clase intelectual de Polonia tuvo acceso a las principales fuentes de debate. Pero fue la oposición democrática del interior, y no los polacos del exterior, la que decidió la dinámica del cambio en Polonia.

Me gustaría decir que la gente del exilio, los emigrados polacos, nos enseñaron a pensar, pero que las decisiones políticas se tomaron dentro de Polonia. Solidaridad fue el movimiento que levantó las instituciones alternativas de la sociedad civil. Fue un movimiento de resistencia frente a la dictadura. Pero, al mismo tiempo, el sindicato nunca había excluido la posibilidad de un compromiso, porque el anverso de éste es la revolución o la guerra civil. Además, la gente de Solidaridad pensaba que era muy difícil hacer una revolución en un país que aún no se había recuperado de la anterior. De manera que la Mesa Redonda que se desarrolló en Polonia durante la primavera de 1989 supuso la coronación de la filosofía de Solidaridad, pero sólo fue posible porque surgió dentro de cierta ala del Partido Comunista un grupo de gente que pensaba que celebrar esa Mesa Redonda le beneficiaba. Parafraseando una conocida máxima de Lenin sobre la «situación revolucionaria», podríamos decir que la situación evolutiva tiene lugar cuando el poder es demasiado débil para gobernar como lo hacía antes y la oposición demasiado débil para derrocarlo. Y esa lógica conduce a la Mesa Redonda.

Sin embargo, es evidente que los participantes en esa Mesa fueron inmediatamente acusados de traición. Los comunistas de principios acusaban a los suyos de entrar en contacto con delincuentes políticos. Por su parte, los anticomunistas de principios acusaban a los suyos de traicionar los valores fundamentales del movimiento democrático. De manera que la Mesa Redonda fue una iniciativa que, por una parte, abrió enormes oportunidades, pero, por otra, generó frustración, porque quienes más querían ese compromiso no estaban contentos con él. Los luchadores se sintieron frustrados y las autoridades que representaban la línea dura del poder se sintieron tan traicionadas como los trabajadores de las empresas en quiebra. Todo ello crea una situación de ansiedad y frustración y, en ese momento, la clase política intelectual se enfrenta al problema de qué hacer a continuación.

Como ustedes quizá sabrán, en Polonia elegimos la vía de la terapia de choque económica, que fue criticada con frecuencia, tanto dentro como fuera del país. Muy a menudo fue con razón, porque realmente cometimos muchos errores; pero si tuviera que aconsejar algo a nuestros amigos cubanos, les diría que estudiaran nuestros errores y equivocaciones, pero que siguieran

ese camino, porque, al final, nos condujo al crecimiento económico. Uno de los problemas que surgieron en el contexto de la Mesa Redonda y que Lewandowski ha mencionado fue el de la llamada «concesión de propiedades (*pro-pertization*)» o privatización de la nomenklatura. Me encuentro entre quienes apoyaron decididamente ese proceso, porque era una forma de desactivar la granada. Los integrantes del antiguo régimen ya no se regían por ningún ideal. Sólo por su propio interés. Y era importante hacerles ver que la transformación les beneficiaba. Evidentemente, el proceso también produjo varias consecuencias negativas. Pero hay que considerar que en Polonia nadie ha intentado nunca retomar el antiguo régimen, el viejo sistema.

El partido comunista reformado gobernó el país durante cuatro años y ahora vuelve al poder para otros dos, pero ninguno de sus integrantes piensa en volver al viejo sistema. Así que la experiencia polaca indica que merece la pena comprar a la nomenklatura, con el fin de deshacerse de su potencial para intentar restaurar el antiguo régimen. Todo esto se ha producido mientras se planteaba el problema de cómo lidiar con el pasado, de cómo enfrentarse a sus crímenes; un problema al que todo el mundo se enfrenta en la actualidad. El mismo que nos devuelve el caso Pinochet y el que sin duda tendrá que encarar Cuba cuando caiga la dictadura. Tendrán ustedes que responder por sí mismos a la siguiente pregunta: ¿quieren seguir la vía de la reconquista, que supone la expulsión de los comunistas de Cuba para así hacer espacio para los anticomunistas, o quieren seguir el camino de la reconciliación, siendo completamente conscientes de que no se pueden tachar cuarenta años de historia cubana, que no es posible librarse de ellos?

Además, todo lo anterior viene acompañado del siguiente problema: la oposición anticomunista, la oposición democrática, suele tener dos fuentes. Hay un primer grupo que se compone de quienes se rebelan contra el sistema y que, al menos en el estadio inmediatamente posterior, se remiten a los orígenes de la rebelión. Este es un problema que todos los comunistas revisionistas, entre ellos Gillak, querían solucionar. La segunda fuente tiene su origen en la Iglesia. Es muy fácil llegar a la conclusión de que algunas de las personas que de una u otra forma, pero ligeramente, estuvieron vinculadas al comunismo, tienen una culpa similar a la de quienes realmente se vieron implicados en los crímenes del régimen. Ese es un camino muy peligroso. Genera un fenómeno que he denominado anticomunismo de rostro bolchevique y que supone la sustitución de la dictadura comunista por otra de signo anticomunista. Al escuchar a algunos emigrados cubanos en Miami, tuve la sensación de que participaban de ese anticomunismo de rostro bolchevique.

La libertad la trae el mercado, pero como Janusz Lewandowski ha señalado anteriormente, después nos enfrentamos al capitalismo sin capital. Y surgió un fenómeno nuevo, desconocido para nosotros. Cuando miramos hacia Rusia o Ucrania, observamos el fenómeno de las nuevas oligarquías, con nombres famosos como el de Beresorski y otros. Por otra parte, también surge el fenómeno de las mafias, que pretenden ser una institución de la sociedad civil. Aquí tengo que decir que no hemos podido defendernos de

este problema en particular. Del mismo modo que no podíamos responder solos a preguntas como ¿cuánto estamos abriendo los mercados?, ¿cuánto capital extranjero vamos a permitir que entre en nuestro mercado?, ¿en qué áreas vamos a dejarle que penetre? Por ejemplo, ¿es sano que en Hungría casi todos los periódicos estén en manos del capital extranjero o que en Polonia prácticamente ya no haya bancos de propiedad polaca? ¿Qué debemos o qué deberíamos vender: empresas o licencias? Todas ellas son cuestiones que aún estamos debatiendo. Al principio, teníamos la mentalidad del que vive en un sótano, y el desafío consistía en arrojar la piedra contra la ventana para abrirla y permitir que entrara aire fresco, porque en ese espacio cerrado todoapestaba y ustedes saben que nos estábamos asfixiando. Sin embargo, ahora todas las ventanas se han roto y los vientos cruzan de un lado a otro como huracanes. De modo que busquemos algo más estable, más duradero, en donde podamos sentirnos cómodos y sentar la cabeza.

Me parece que esas son preguntas a las que no pueden dejar de enfrentarse nuestros amigos cubanos. Janusz Lewandowski ha dicho aquí que la perestroika fue una época desperdiciada desde el punto de vista económico. Tiene razón, por supuesto, pero la cuestión es, y uno no puede olvidarse de ello, que ciertas visiones ingenuas de personas honestas han cambiado el curso de la historia. El comunismo no se derrumbó hasta que Gorbachov no creyó realmente que podía perfeccionarlo, reformarlo y mejorar sus pautas. Si Gorbachov no hubiera creído en eso, si no hubiera tenido fe en ello, hoy en día Rusia nos recordaría más a Corea del Norte que a un país normal que simplemente tiene problemas. Además, cuando se piensa en el debate relativo a cómo cambiar el comunismo, algunos de sus participantes dicen que no se debe cambiar nada y, en cierto sentido, tienen razón, porque el comunismo se parece a unos pantalones sucios que cuando se echan a la lavadora salen hechos jirones. ¿Por qué? Porque el comunismo no puede lavarse.

Catorce años después, en nuestros países existe un clima de desencanto y de frustración. La gente no está contenta con cómo van las cosas. Pero, en realidad, muy pocos sugerirían que volviéramos a la situación anterior, aunque muchos piensen con auténtica nostalgia en esos tiempos. Esa nostalgia surge sobre todo del hecho de que uno rememora su juventud, pero también tiene que ver con el recuerdo de la antigua seguridad. Antes, una persona normal tenía miedo de la autoridad y del poder; tenía miedo de la policía y de la administración, y hoy en día le asustan el desempleo y la mafia. Lo que uno recuerda es que hubo un tiempo en el que no tenía miedo al paro ni a salir a pasear con su hijo. De manera que la libertad trae consigo el aumento de la criminalidad. Y esa policía formada en un entorno comunista no es capaz de lidiar con ella, de manejarla, porque ahora está respetando la ley. No puede maltratar a los prisioneros en la cárcel, aunque golpearlos era una de las cosas que mejor sabía hacer. Así que ahora no está en situación de luchar eficientemente contra el crimen y la delincuencia.

En consecuencia, quizá estemos ante una especie de triángulo o de trinidad, cuyos tres elementos —la despolitización, la corrupción y el populismo— se

alimentan los unos a los otros. En lo tocante a corrupción, podría pasarme horas hablando de ella, porque a lo largo del último año me he visto envuelto en el caso de corrupción más escandaloso de Polonia y todo el debate sobre el asunto demuestra lo complicado que es, lo complicados que son los mecanismos de la corrupción en un Estado democrático. Sin embargo, hoy en día todos los gobiernos de la región tienen que decir cuáles son sus prioridades: ¿qué es más importante, dar a los ciudadanos una seguridad social —siempre que sea realmente para ellos— o crear condiciones para la organización de empresas exitosas que generen crecimiento económico? Es un desafío para el que actualmente tampoco hay una solución clara en Europa. Hace tres meses hablé con el presidente de mi gobierno, quien me explicaba lo difícil que es conseguir que se apruebe un nuevo proyecto de reforma fiscal. Así que le llevé un texto escrito por el canciller alemán Schroeder, en el que escribe sobre el contenido de la socialdemocracia. De su argumento se puede inferir que la democracia alemana y la cualificada y bien organizada economía de ese país se están enfrentando a esos dilemas. Así que si el canciller alemán está encarando tales problemas, es fácil imaginar cómo serán los que enfrente Cuba tras la caída de la dictadura.

No hay duda de que la política estadounidense hacia la Isla es terriblemente estúpida, hasta el punto de que se podría pensar que quienes la están diseñando son agentes de Fidel Castro. Es una política ineficaz, carente de visión y perspectiva, que rechaza la oposición democrática del interior, critica la Iglesia Católica cubana y que, francamente, sólo beneficia a un determinado entorno de la diáspora cubana de Florida. Esto no quiere decir que me parezca equivocada cualquier política de sanciones. Por lo que se refiere a Polonia, esa política acabó siendo eficaz y también lo fue bastante en el caso de Sudáfrica. En Serbia también tuvo una utilidad parecida. Pero respecto a Cuba está revelándose totalmente ineficaz. En este sentido, estoy muy de acuerdo con lo que señalaba Lino Fernández. Especialmente en su búsqueda, en su análisis, de posibles apoyos para la transformación dentro de la clase gobernante. Pero me gustaría prevenir a nuestro amigo cubano contra la utopía de una tercera vía, de un tercer camino. Evidentemente, hay diferentes tipos de economía de mercado, pero no hay mercado sin mercado. Y la tercera vía conduce al tercer mundo.